

ASUNTOS GREMIALES

La difícil construcción del vínculo entre los periodistas y la actividad sindical

Por Fabio Ladetto y Facundo Pereyra *

Los gremios del país, en términos generales, atraviesan una crisis de representatividad de los trabajadores que alegan representar de distinta profundidad según las ramas de la actividad laboral, las empresas e, incluso, las regiones del país. En el caso de los periodistas, este problema está evidenciado en los bajos porcentajes de afiliación a nivel nacional: menos de una tercera parte de los casi 1.000 encuestados en el relevamiento de CIO para FOPEA se vincula orgánicamente con alguna estructura sindical, sin mayores diferencias entre las distintas zonas geográficas.

Desde mucho antes de la crisis de 2001 y del reclamo del “que se vayan todos”, la búsqueda de nuevas formas de organización sindical tenía ya un camino recorrido en la Argentina. Al mismo tiempo de la capitulación de los dirigentes gremiales de mayor predicamento de ese momento a la política privatizadora y liberal del menemismo, fuertemente contraria a la generación de empleo genuino y ampliamente destructora de los derechos de los trabajadores, aparecieron alternativas de organización que, poco después, se manifestaron como opciones de construcción sindical no reconocidas formal ni legalmente, aunque con predicamento en los respectivos entornos.

A la CGT entreguista de las conquistas se le opuso el Movimiento de Trabajadores Argentinos y la Central de Trabajadores Argentinos. Hoy, ambas estructuras dejaron, en los hechos, de representar una alternativa real: el MTA desapareció absorbido por la CGT en la conducción de Hugo Moyano (pasó de una cúpula a la otra) y la CTA está envuelta en una crisis interna de imposible resolución en el corto plazo y que pone en duda hasta su misma subsistencia.

La deuda del sindicalismo con la sociedad es profunda, y la renovación dirigencial en el sector es una de las principales que se debe saldar: se podrá discutir cuántos cambios de rostros y de ideas hubo en la política o en las organizaciones sociales, pero ese debate sería casi inútil en el ámbito gremial institucionalizado, porque hasta el listado más liviano anula todo análisis profundo y los nombres se repiten con muy pocas excepciones desde hace años y hasta décadas. Y si bien hay dirigentes respetados y respetables, que mantienen su cargo a partir de una vinculación democrática, efectiva y eficiente con las bases y sus necesidades, se han transformado en la excepción. Este escenario podría incluso conspirar contra una actividad que es crucial en la organización de los trabajadores y fundamental en las estrategias para la preservación de sus derechos y para la mejora de sus condiciones laborales y de sus ingresos.

El escenario de pérdida de credibilidad/confianza, que se registra en muchas provincias y regiones, deriva en el descrédito a los sindicatos en general y, en paralelo, en la búsqueda de nuevas representaciones como se demuestra en distintos puntos del país. Así comenzaron a desarrollarse embriones organizativos que derivaron en Misiones, Salta y Mendoza, entre

otros lugares, en estructuras más avanzadas, con propuestas de crecimiento y de consolidación paralelas a los gremios formales. De este modo, en vez de disputar el poder dentro de las instituciones, se buscan caminos distintos, con la posibilidad de acumular respaldos, simpatizantes y afiliados que permitan superar en número (y, por ende, en posibilidades de construir liderazgos) a las estructuras tradicionales, y presentarse como un factor de poder real ante empresarios, poderes del Estado y distintos espacios y actores públicos. El siguiente paso es buscar un reconocimiento legal por parte del Ministerio de Trabajo de la Nación, lo cual es extremadamente difícil de conseguir pese a los fallos de la Corte Suprema de Justicia de la Nación que reconocen el derecho de los trabajadores de organizarse libremente.

En el sondeo realizado por CIO se evidencia que el lugar donde mayor es el porcentaje de afiliación de los encuestados es en la zona Centro, con el 50% de periodistas aportantes al gremio local (CISPREN). Este techo es ya grave en sí mismo, porque habla de que en una de las provincias donde el sindicalismo hizo escuela desde los 60 (Agustín Tosco y René Salamanca fueron algunos de los maestros) el proceso de desagregación golpeó fuerte. Sin embargo, los datos se relativizan aún más al ver que la región Centro, pese a su peso numérico y a su importancia nacional, es donde menos respuesta tuvo el relevamiento, y representa sólo el 8.3% del total de la muestra.

Le sigue el Litoral (41%); la Patagonia y el NOA (con valores similares, poco superiores al 30%); y cierran Cuyo y la Capital Federal, con sólo una cuarta parte de profesionales de la prensa afiliados. Estas cifras, por sí mismas, demuestran el estado de la cuestión.

En el piso organizativo de cada estructura está la comisión interna de trabajadores, que es el núcleo vital donde se analizan los problemas concretos de cada empresa y se elaboran las estrategias más adecuadas para alcanzar los objetivos. Un escaso 39% de los consultados señaló que en sus lugares de trabajo hay una comisión en funciones. La mayoría (53%) indicó que no existe; sólo un 2%, que se está conformando; y el 6% restante, no sabe de ella.

A mayor cantidad de puestos de trabajo, mayor es el porcentaje de organización, como resultado lógico del volumen de cada empresa y de la existencia de redacciones donde compartir espacios y buscar vínculos. Más de una tercera parte de los encuestados trabaja en lugares con menos de 10 colegas: este número es el piso fijado por ley para la conformación de una comisión interna, así que en el promedio final puede incidir de forma directa esta limitante normativa.

El pico se alcanza con el 66% de comisiones internas en el rango de entre 50 y 100 empleados, brecha en la cual se mueven las mini y pequeñas empresas. En las firmas más importantes del sector (por arriba de los 100 empleados), decae la organización.

Según las encuestas, proporcionalmente, el Centro es la región donde más cantidad de comisiones internas existen, con el 75% de los consultados conociendo de alguna. Esto se puede vincular, además, con el nivel de trabajo en blanco y con la cantidad de respuestas a la encuesta. Está seguida por la Capital Federal y el conurbano bonaerense, con el 47%. El resto se maneja en un margen de entre el 30% y el 24% de contención de las demandas laborales a través de las comisiones.

El nivel de satisfacción en la proyección nacional se divide en tercios casi idénticos entre los que están conformes, a medias y disconformes. Por regiones, la insatisfacción aumenta considerablemente (con cerca de la mitad de los relevados) en el NOA y en Cuyo, mientras que la Patagonia, el NEA y Buenos Aires están algunos puntos por encima del promedio país.

Cabe destacar, sin embargo, que la proporción de periodistas encuestados que ocupan cargos jerárquicos es elevada, por lo que habría que suponer que esa condición disminuye la participación o la pertenencia a estructuras sindicales (sea por decisión individual o por imposición —explícita o implícita— de las empresas). También incide la precarización laboral, con una cantidad indeterminada de trabajadores consultados sin relación de dependencia o con vínculos débiles con las empresas (contratados, colaboradores, free lance, etc.), en una situación laboral que dificulta su inserción en una redacción clásica y, como consecuencia, limita los espacios de encuentro, reflexión, diálogo y búsqueda de acuerdos para la construcción de consensos y la acción posterior en reivindicación de los planteos.

En cantidad de respuestas a las encuestas, Buenos Aires siempre marca la tendencia numérica nacional por volumen. Pero el modelo de centralización no es exclusivamente porteño: en cada provincia donde se hizo el relevamiento, previsiblemente el mayor volumen de encuestados está ubicado en la capital o en las zonas urbanas más cercanas. Ir al interior del interior aún con un sondeo de estas características, es una tarea complicada, salvo en las ciudades de grandes a medianas. El resto del universo está todavía por explorar.

El interior del país se registra, además, un hecho particular de precarización con los corresponsales de diarios o agencias porteños (mal llamados nacionales). Lógicamente desfasados de su enclave laboral y de cualquier relación con sus colegas en una redacción común y corriente, su estatus como empleado difiere enormemente, y se pueden mencionar un mínimo de cuatro vínculos laborales distintos: los que integran planta permanente (muy pocos, resabio de otras épocas) y cuyos sueldos están equiparados a los que se paga en Buenos Aires; los que tienen estabilidad y cobran con boleta oficial (incluyendo descuentos de ley), pero sin sueldo fijo sino a destajo según la cantidad de colaboraciones que se envían cada mes (en caso de enfermedad o vacaciones, no tienen ingresos); los contratados para una cobertura en especial; y los que deben presentar una factura como prestadores de servicio (sean propias o de terceros) por un monto determinado. Puede haber más categorías, pero estas son las más habituales.

Otro de los grandes problemas que se registran, según los resultados, es el alto desconocimiento de cómo encarar y gestionar los problemas laborales: es decir, del mundo gremial como tal en tanto estructura de organización para la defensa de los intereses colectivos y de mejoras en el trabajo. La pregunta “no sabe, no contesta” encabeza las respuestas en cuanto a cuáles serían los temas que deberían plantearse en las comisiones, de lo que puede deducirse la falta de discusión interna sobre cuál podría ser una agenda de reclamos propia, más allá (aunque abarcando) de lo salarial. Esta situación puede deberse, además de la crisis de representatividad antes señalada, a los años de desmovilización sindical del menemismo, que dinamitaron la formación de cuadros dirigenciales.

Casi la mitad de las comisiones discuten cuestiones relacionadas con los haberes, con pocas diferencias porcentuales en las diferentes regiones. Tampoco es significativa (aunque sea más pronunciada) la distancia acerca de las negociaciones por aparte de la reivindicación salarial.

De entre los periodistas encuestados que tienen posiciones formadas sobre una lista de planteos, dejando de lado a los que respondieron “no sabe, no contesta”, más del 47% de este subgrupo (con respuestas abiertas que permiten contestar más de un campo) se centra en los aspectos remunerativos: aumento de sueldo, recategorización con incidencia en los haberes, actualización de las escalas salariales, pago de horas extras y feriados, cobertura de costos laborales y de insumos profesionales, entre otros campos que tienen relación con los ingresos. Si se agrega la efectivización de los trabajadores precarizados y el reconocimiento de la labor cumplida en relación de dependencia, se roza el 57% de las opiniones.

El 25% de este subgrupo de opinión incluye en las discusiones sindicales, las condiciones laborales en amplio sentido (junto con la seguridad y la higiene en el trabajo), y sólo el 10% se inclina por cuestiones de capacitación profesional. En este punto, se puede interpretar que se considera (erróneamente) que la formación no integra las responsabilidades de acción de los gremios o de las comisiones internas, ni una exigencia que se le puede hacer a las empresas o a los colectivos de empresarios en forma institucional. En cambio, la capacitación permanente es una de las principales herramientas para mejorar la calidad del periodismo y del periodista, lo que repercute de este modo en una sociedad mejor informada y con mayores posibilidades de decidir.

Otro dato que sobresale al analizar estos números es el desconocimiento de los derechos del sector, profundizado a partir del descrédito de las organizaciones sindicales y su incapacidad (ya analizada) para formar, en ese sentido, a las bases que las deben sostener. Es también importante mencionar que las carreras de periodismo o comunicación social del país no tienen materias específicas al respecto; cuando las hay, son sólo menciones tangenciales como puntos aislados. Algunas tienen en su currícula la difusión de la legislación que ampara a los trabajadores de prensa, pero no profundiza en la historia de sus luchas laborales y reivindicativas, ni tampoco los mecanismos de participación posibles.

La encuesta también es clara en cuanto a la difícil relación entre las empresas periodísticas y las comisiones internas o gremios, que encuentran muchas dificultades para alcanzar sus objetivos sindicales (apenas el 60% de las demandas son aceptadas, en un todo o en parte). El respeto en el trato y la recepción de las demandas significará una mejora cualitativa en la dinámica interna, con un preocupante 8% de promedio nacional de persecución empresarial a la actividad sindical.

Desde su propio origen, FOPEA planteó que no es una organización sindical sino que, por el contrario, apunta a realizar un trabajo complementario y útil para los trabajadores. El ámbito de actuación gremial es sumamente valorado desde FOPEA, que insta constantemente a sus socios a participar activamente en las dinámicas de debate sobre las condiciones laborales y de calidad profesional en un amplio espectro y a organizarse en la defensa de sus derechos. Dejar de lado la competencia entre las diferentes asociaciones y buscar los espacios de encuentro y labor colaborativa es un desafío al que siempre FOPEA se mostró dispuesta a afrontar, al existir numerosas posibilidades de acción conjunta para el beneficio de los periodistas y, a partir de allí, de la sociedad.

El diagnóstico precedente no implica una desacreditación de la actividad sindical como tal, sino una simple opinión sobre la situación actual, en un momento trascendente de la historia nacional que puede ser utilizado para reformular el futuro gremial o mantener las fórmulas en crisis.

* **Fabio Ladetto** y **Facundo Pereyra** son periodistas del diario La Gaceta de Tucumán y juntos conducen el programa De aquí en más, por Radio Universidad de Tucumán. También fueron dirigentes de la Asociación de Prensa de Tucumán. Ambos son socios de FOPEA.

El contenido del artículo no representa necesariamente la opinión de FOPEA.